LIBRO ABIERTO

LA DIFICIL JUVENTUD

CLAUDIO GIACONI

(Edit. Universitaria, 1970. Cormorán, 140 pp. 3.ª edición).

EN 1954 este título fue la cifra de una juventud consumida por la desilusión, obsesionada por la sordidez y la muerte, la infancia y la decrepitud de una moral. Era la sedicente Generación del 50, el existencialismo europeo de postguerra husmeado en Chile, la literatura de Kafka y Thomas Mann, Virginia Woolf, Faulkner y Thomas Wolfe. A la vez, era una visión inesperada y penetrante del hombre chileno. Delante de Donoso, Edwards, Lihn, Lafourcade, Giaconi, la crítica no se achicó: mórbidos, apolíticos, asociales, degenerados, payasos, pesimistas de lujo, parricidas. Fue una publicidad excelente y hoy los cultores más tesoneros de esa promoción gozan de máxima vigencia ante el público lector. Es la mecánica general: los solitarios pasan a ser, una generación más tarde, los autores del día.

Giaconi no. Desde aquella fecha fue obcecándose en la construcción de un silencio cada vez más estrepitoso, más insobornable y desalentador. "Una jaula huye en seguimiento de su pájaro", frase kafkiana que sirve de epígrafe a uno de sus cuentos (inexplicablemente omitida en la edición presente), define en buena parte la personalidad de Giaconi. A todo esto, mientras el escritor huye en persecución de su presa por callejuelas, ventanales y autopistas de Europa, México y Estados Unidos —en esto lleva los últimos diez años— la expresión "la difícil juventud" se convirtió en un bien común del habla de los chilenos; quién no recuerda las portadas de algunos semanarios y el encabezamiento de múltiples artículos.

PARENTESIS: PIEDRA ROJA

Apostilla. No titubeo —en esta columna de responsabilidad personal— en calificar de tramposa la alharaca periodística formada en torno al festival de varios centenares de muchachos durante un fin de semana en Piedra Roja. Una vez más toda la prensa —sin excepción de la progresista— mostró su sumisión al órgano más poderoso de Chile y se llenaron primeras planas y espacios hablados con una copiosa enumeración de lugares comunes, ceños en arco profundo y novedades como la responsabilidad de los padres y educadores en la educación de los hijos. Visítense las universidades y asistan —en patios y foros— al crecimiento de una profunda, poderosa y positiva conciencia política, charlen con los miles de muchachos y muchachas comprometidos en los programas de participación social de las universidades, examinen el alcoholismo y la desesperanza de la juventud provinciana y rural, abran los ojos ante los niños que en calle Ahumada roban a escape los helados y las carteras de las señoras, cotejen estadísticas de educación y expectativas y el porcentaje de juventud chilena que se encanalla en las cárceles y se comprenderá que Piedra Roja es un falso problema.

Giaconi no fue una cortina de humo. En 1960 —con motivo del ensayo *Un hombre en la trampa*, Premio Gabriela Mistral— la editorial Zig-Zag lo calificaba como "el único ensayista de la Generación del 50", y en 1954, al publicarse su volumen de cuentos, Alone había decidido: "Es otra época del arte nacional". El libro fue Premio Municipal del año siguiente.

Ha sido un acierto de Editorial Universitaria la publicación de esta tercera edición; hecho inusitado para una colección de cuentos. Es también un desafío a la crítica de 1970, la cual, con otro lente que hace dieciséis años, aceptará o rechazará esta obra. El volumen que comentamos incluye una ponencia de Giaconi ante el Encuentro de Escritores Chilenos de 1958 y reproduce —sin el epígrafe y muy recortado (¿por quién?)— el relato *El sueño de Amadeo*, que fuera publicado por Ed. Universitaria el año 59, y traducido con esmero al francés. Dado que se trataba de presentar toda la obra de ficción conocida de Giaconi, ¿por qué no se incorporaron las narraciones —escasas pero valiosas— que el autor ha publicado después en las revistas FINIS TERRAE, MARCHA y otras?

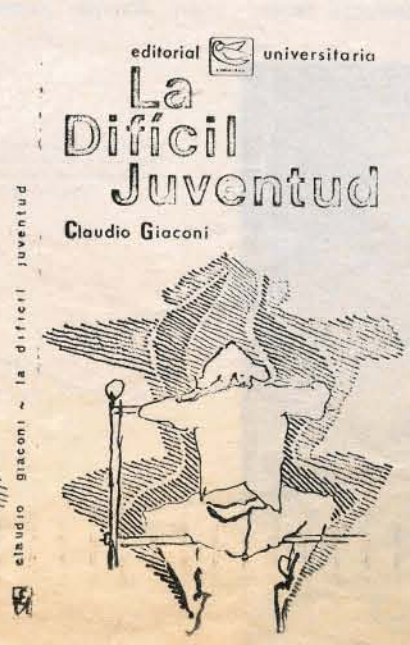
RELECTURA DESPUES DE 15 AÑOS

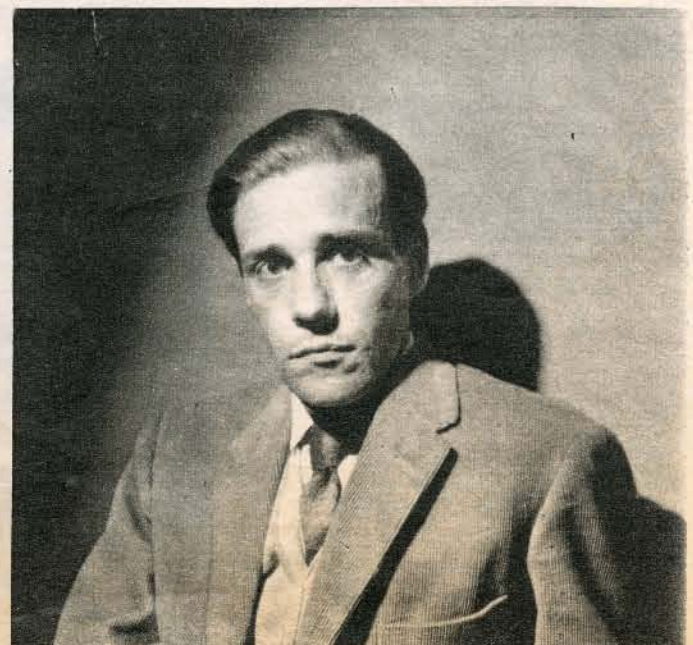
Después de Stalin, la guerra fría, Corea, Cortázar, Droguett, Skarmeta, mientras sucede Vietnam y Chile acelera su proceso de cambios, la narrativa de Giaconi se mantiene firme en la historia literaria. Cada uno de sus cuentos es una agresión. Voy a contar algunas.

Una agresión a la expectativa llamada cuento. El eje de la narración ya no es la anécdota apasionante, sino el ojo duro y cruel que mira; hay ejemplos —"Paseo", "Desde la ventana"— que están hechos con nada, como en Chéjov, como en Gogol, pero una presencia que está en el lenguaje, en la anatomía de la abulia, enardece al lector. Giaconi agrede a las cosas y personas "sagradas"; el joven del cuento que da título al libro enfrenta a un sacerdote, pero a diferencia del resto de la literatura chilena, que trata a este personaje con admiración o como corruptor —siempre fuerte—, Giaconi lo muestra bruscamente como un ser frustrado, amargo y vacío; así por lo menos interpreta un lector el gesto súbito, el repliegue de la piel, el dedo en el molar, el sentido del asco excitado por el enfoque. A través de la náusea se advierte que el hombre ha claudicado.

PLAF SE MURIO

Es un narrador que no se ablanda ante la criatura humana. Es una literatura brutal, porque los seres y el héroe mismo de los relatos resultan peleles ridículos. Verdaderamente el mundo no gira en torno de estos hombres, de este narrador. Nadie menos yoísta en este sentido que Giaconi, quien nunca se sirve de la primera persona, ni para admirarse, ni condolerse, ni para elaborar una ficción. Es todo lo contrario del narrador héroe, el gallipavo seguro de su cuerpo y de su voluntad, o el aventurero que corre peripecias sin aliento. El interés no es el protagonista, sino el humillado y ofendido, o el farsante y el hombre de acción en su condición ridícula. A costa de unos





Claudio Giaconi. Una jaula huye en seguimiento de su pájaro.

pobres seres, el cuento "El conferenciante" despierta una hilaridad cruel; esas páginas —de 1954— nada tienen que envidiar a un episodio parecido de Cortázar, el famoso concierto de Berthe Trépat en RAYUELA (1963).

Releyendo a Giaconi, me acordé fuertemente de una versión cinematográfica de "El Capote" (abrigo), basada en Gogol, no recuerdo si fue la francesa o la rusa, pero no la última versión italiana, donde un hombre agoniza en un camastro mientras un vecino —sonrisa demencial, boca abierta y sucia— hace con las manos el gesto del reloj de péndulo, hasta que ¡crac! ha muerto un hombre. Y unos meses atrás hay un grupo cerrado en un puente sobre el canal San Carlos. Pregunto qué pasa y todos están mirando el agua: "Ahí va uno navegando", me dicen. Se veía sólo la calva con algunos pelos.

Puede justificarse esta última analogía teniendo presente que algunos de estos cuentos —con escenarios y personas específicamente chilenos todos ellos— poseen una respiración propia de la literatura rusa, pero el autor nos convence de que son chilenos.

El lenguaje es seco, casi convencional, a la manera de Kafka, y kafkiano es el esquematismo de las situaciones, la multiplicidad de signos simbólicos del relato. La anécdota es siempre cruda y escueta, impersonal, intemporal. Giaconi prefiere exclusivamente los momentos críticos de las vidas, cuando algo muere en el hombre en virtud de un drama que en ese instante hace explosión, y que el autor fotografía sin que la epidermis de las cosas cambie. Puede ser, en un niño, la conciencia de la pérdida del padre; en un viejo, la aceptación contristada de sí mismo. En *La muerte del pintor,* Giaconi conduce magistralmente, mediante una conversación diestra y precisa, la inseguridad de un artista joven de pacotilla a la seguridad de su suicidio. Presenta persuasivamente una edad en la cual el conocimiento de una persona puede decidir una vida.

Es notable en este autor su capacidad para desdoblarse, la pericia para novelar, otorgando cuerpo propio, objetivo, a sus obsesiones privadas. No es la obra de un adolescente tardío, sino abierta hacia el mundo de los otros. El escritor se ve en otros pellejos posibles y se ve a sí mismo *sin amor.*

Por otra parte, en este Oblomov chileno, qué descripción inolvidable de la abulia, la indecisión, la inacción. Aunque asimismo es un caso cabal de *voyeur*, de mirón con ojos impasibles, duros y crueles, sus aprensiones —hechas personajes de ficción en *La difícil juventud*— acabarán por tragarse a Claudio Giaconi.

Antonio Avaria. ■

Claudio Giaconi

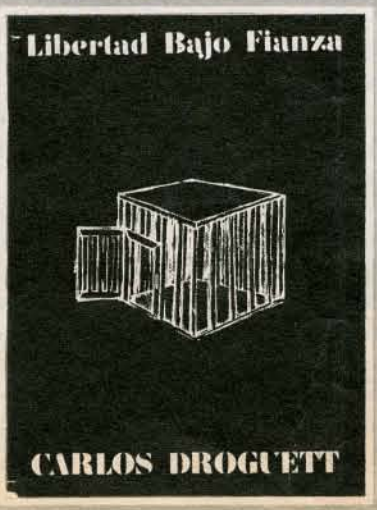
La difícil juventud

Cuentos

EDITORIAL UNIVERSITARIA

A ESCUDERO DE VIVA VOZ

En *Libertad Bajo Fianza* —una columna que esperamos será frecuente —, Carlos Droguett revive la presencia de un admirable maestro y un laborioso escritor. Guía de cuatro generaciones de estudiantes en la Universidad Católica, dotado de una memoria portentosa, poseedor de la más completa biblioteca de literatura chilena e hispanoamericana, autor de estudios esenciales para el examen de las literaturas de Chile, América y España, el Padre Alfonso Escudero, O.S.A., por su generosidad y su saber, merece el homenaje de todos los escritores y estudiantes de Chile. *Libertad Bajo Fianza* se escribe —huelga decirlo— bajo la responsabilidad exclusiva de Carlos Droguett. La fianza es su calidad, su personalidad y su talento.



LA memoria me dicta taquigráficamente, a un mes de su desaparecimiento físico, las palabras pronunciadas al pie de su tumba, aquel 22 de septiembre inolvidable. Fueron, entre otras, éstas:

"Padre Escudero, estoy seguro de que en estas circunstancias, usted, con su testarudez y su famosa economía de palabras, usted que era un solo gesto, dos gestos, me diría: "Si vas a pronunciar frases de circunstancias ahora, no digas nada, quédate callado".

Por eso no traigo aquí nada escrito, sólo unos apuntes, el conocido torpedo de mis lejanos años de estudiante, cuando era su desagradable alumno. Por eso no hablaré de las cosas ya dichas, o de las que seguramente dirán todavía aquí mismo, sino de las que nadie nunca dijo, tal vez de las que nadie jamás dirá. Y lo mejor será poner ejemplos, recordar algunas anécdotas.

Su corazón, que definitivamente lo ha dejado solo —"moriré como mis padres, del corazón", me dijo hace muchos años—, no encontraba otra manera de defenderse, de no entregarse peligrosamente al sentimentalismo, sobre todo al sentimentalismo de las palabras, que rodeándolo de un alambrado de púas, de dureza, de rigidez, de separación y aislamiento definitivo.

Hombre de hechos y no de palabras, alguna vez me recordaba la frase de un personaje del novelista Agustín Yáñez, pletórico y práctico, ex gobernador de Jalisco, amigo suyo, "las palabras son hembras, los hechos, machos". Hombre de hechos y no de palabras, hombre de bondad pero de una bondad certera, callada y práctica, sin propaganda, sin aspavientos, sin ruido.

Alguna vez me llamó con urgencia por teléfono. Con urgencia, cosa sorprendente en él. Nicomedes está muy enfermo, creo que se muere, ¿vamos a verlo al Trudeau? ¿Cómo estás tú con él? La pregunta era buena, yo nunca estaba bien casi con nadie, pero no se trataba de eso, sino de ir a verlo, de llevarle un poco de plata al pobre, ¿te parece, Carlos? Allá estuvimos un mediodía de mucho calor, preguntando por el periodista Nicomedes Vásquez, porque nadie conocía al escritor Nicomedes Guzmán. "Qué viejita más linda, qué preciosura", decía después él, cuando nos veníamos, echando su mirada distante a la madre del escritor, un rostro limpio y surcado por los sinsabores y las preocupaciones y los infaltables ensueños, sonriendo ahí junto al enfermo.

No era él muy adicto a Pablo de Rokha, muchas cosas los separaban, una distinta visión política del mundo, una distinta visión poética. Además, Pablo se había educado en el Seminario de Talca, y de ahí traía ese odio inicial a lo religioso, esa admiración esencial a Jesús, un Jesús como él, desaforado y potente. No le era muy adicto, pero comprendía. Por eso, no me extrañó demasiado cuando un día me planteó un problema. "Mira, me ha llegado recomendada una chica americana que quiere hacer su tesis sobre las novelas de fulano, pero, ¿crees tú que Enrique sea para tanto? ¿No lo ves más bien mediocre, más bien exhibicionista? Le he hablado de Pablo de Rokha, ¿te parece bien Pablo?". Así fue como Linda Caroline Roth estuvo trabajando en el colegio su tesis sobre el formidable autor de *Escritura de Raimundo Contreras*

"Me preguntaron que de dónde venía.
Contesté que sí, que no tenía planes determinados
Contesté que no, que de ahí en adelante".
Soliloquio del Individuo,
NICANOR PARRA

*UNA EXPERIENCIA LITERARIA**

DEFINIR *nuestra posición de nuevos escritores chilenos supone necesariamente un vistazo, aunque somero, a la generación inmediatamente anterior.*

Antes de 1950, los nuevos escritores —algunos ya populares hoy día— eran aún seres anónimos. A falta de una ocupación más interesante, vivíamos entregados a una bohemia frenética y desesperada. Éramos un conjunto de jóvenes reunidos por el azar: el pintor Carlos Faz, muerto trágicamente a los 22 años; el poeta Enrique Lihn, el mimo Fedorowsky, hoy en Francia; Lafourcade, la pintora Carmen Silva —nuestra musa—, Jorge Edwards, María Eugenia Sanhueza, el poeta Alberto Rubio... Bebíamos en las fuentes de la filosofía sartreana y, aunque no adoptábamos las formas exteriores de un existencialismo de music-hall, *en privado dábamos pábulo por nuestras actitudes frente al medio social. Nos preparábamos, sin saber claramente para qué, en medio de torturas íntimas; pugnábamos por salir, por hacer oír nuestras voces. De vez en cuando, figuraban nuestros nombres en alguna publicación de escasa resonancia, y siempre relacionados más bien con algún aspecto de escándalo que de verdadero valor cultural. Los escritores más jóvenes en ese momento eran Francisco Coloane, Oscar Castro, Nicomedes Guzmán. Contaban con una vasta masa de lectores. Al no encontrar en ellos rasgos afines, nos sentíamos condenados a un aislamiento irremediable. Nuestros predecesores no se andaban con tantas dudas; iban recto al grano, a fines más o menos concretos: se orientaban hacia el campo social, hacia un*

*Hemos elegido, como prólogo para esta reedición de *La difícil juventud*, el texto de la ponencia que Claudio Giaconi presentó en el Segundo Encuentro de Escritores Chilenos, realizado en Chillán entre el 19 y el 24 de julio de 1958. Las ideas sostenidas por el autor en esa oportunidad iluminan algunos aspectos fundamentales de la concepción literaria de la mayor parte de los jóvenes escritores chilenos de la década del 50, y constituyen una suerte de testimonio y programa generacional. (Nota del Editor).